

JOSÉ CANTERAC

De la historia local a la historia global

Isabelle Tauzin
Université Bordeaux Montaigne

Interesarse por José Canterac es volver a unas fuentes a menudo descuidadas, pues la historiografía latinoamericana ha enfocado la construcción de la historia de la independencia en base a escritos patrióticos y privilegiando la afirmación nacionalista con fines educativos. Modestamente intentaré completar ese acercamiento acudiendo a otra versión de los hechos, igualmente trunca. Recorro a diferentes clases de textos redactados por el general contrarrevolucionario afincado en el Perú; son los resúmenes mensuales sobre la guerra cotidiana en el Alto Perú entre junio y noviembre de 1818,¹ los partes militares dirigidos al virrey sobre las acciones que Canterac llevó a cabo entre setiembre de 1821 y marzo de 1824² y que fueron imprimidos por el Estado Mayor del Ejército realista, y por último, la correspondencia privada con el intendente de Arequipa Juan Bautista Lavalle incompleta.³ Canterac fue uno de los oficiales partícipes del motín de Aznapuquio, que llevó al poder a La Serna, luego presenció las conversaciones de Punchauca entre el virrey y San Martín; el 9 de diciembre de 1824 firmó las capitulaciones de Ayacucho, lo que le valió ser retratado en el cuadro de Daniel Hernández, a los cien años de la derrota realista.⁴

UNA TRADICIÓN MILITAR Y FAMILIAR

Hijo del capitán de los reales cuerpos de artillería Alejandro Pedro de Canterac d'Ornezan,⁵ César José de Canterac nació el 29 de julio de 1786 en Casteljaloux, un

¹ *Colección Documental de la Independencia del Perú* [CDIP] (t. V, vol. 1).

² *Colección de los principales partes y anuncios... hasta fin de marzo de 1824, dispuesta por el Estado Mayor Jeneral del Ejército*. Digitalizada por John Carter Brown Library a partir del archivo de Henri Ternaux-Compans.

³ La correspondencia privada entre Canterac y Lavalle fue recopilada por Cristina Mazzeo, quien me permitió acceder a esa documentación inédita.

⁴ Esta noticia biográfica se debe a Martín-Lanusa Martínez (2012, 167-168), y me fue facilitada por el historiador francés Jean-René Aymes, especialista en la guerra de la Independencia española.

⁵ Hallé el certificado de bautismo de Canterac en los archivos parroquiales digitalizados del departamento de Lot-et-Garonne. Ese documento permitió conocer el primer nombre de Canterac «César», hijo de «Alexandre», o sea que fue predestinado a la vida militar y formaba parte de la nobleza rural de Gascuña. El padre de José Cantérac, Pierre de Cantérac d'Andiran, jefe de batallón de artillería, nacido en 1746, fue dado de baja en 1791 y, por emigrar, sus bienes y los de todos sus familiares fueron embargados y vendidos en subasta pública. Con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho en

pueblecito ubicado en el suroeste de Francia. Siguió los pasos de su padre, emigrado contrarrevolucionario radicado en Castilla. Obtuvo el ingreso de su hijo de quince años a la guardia valona, un cuerpo de infantería española mandado por oficiales francófonos. Instruido en España, el joven francés participó en la guerra de la Independencia de España en la caballería castellana. Después de ser herido en Gerona (1808), fue ascendido al grado de teniente coronel. Luego de combatir con las tropas napoleónicas en distintos frentes (derrota de Sagunto, 1811; victoria de Sevilla y Pamplona, 1813), fue ascendido a coronel, estuvo en la batalla contra los franceses en Toulouse (1814) junto al inglés Wellington. Completamente integrado a los ejércitos españoles, Canterac reclamó otro ascenso en 1815, a los 29 años. Esa solicitud fue tachada como muestra de excesiva ambición por el inspector de Caballería, quien censuró ante el rey Fernando VII «la notable falta de subordinación en que ha incurrido [...] contemplando en este sujeto el verdadero carácter de un francés emigrado y de muy cortos servicios excesivamente premiados por SM y siempre descontento».⁶ Pese a todo, mientras numerosos oficiales españoles prefirieron darse de baja, el francés siguió en la carrera militar y recibió la orden de llevar al Perú, pasando por Panamá, una división de tres mil hombres.⁷ En Porto Belo, le llegó una contraorden para que fuera a reunirse con la expedición de Morillo en el litoral venezolano.

LA ETAPA VENEZOLANA, MAYO-SETIEMBRE DE 1817

La división bajo las órdenes de Canterac debía reconquistar la isla de Margarita ganada por Morillo en 1815 y recuperada por Bolívar al año siguiente; las tropas peninsulares fueron derrotadas en los combates en julio y agosto de 1817; la Esparta venezolana quedó en manos de los patriotas. Canterac permaneció de mayo a setiembre de 1817 en la Costa Firme; la actuación del francés se devela en las cartas que envió a Morillo.⁸ Canterac se dirige a Morillo mezclando respeto, familiaridad y a la vez sincerándose, un tono que, sin duda, se explica por la camaradería militar y el desparpajo de quien sigue siendo un extraño en momentos de escribir un correo. La frase de despedida varía entre la cordialidad, «siempre su affmo y pa siempre amigo y servidor que VBM» (f. 113), y la sequedad de un simple «adiós» (f. 112). Algunas torpezas lingüísticas

1924, el comandante Labouche publicó en la *Revue de l'Agenais* una primera biografía de Canterac (pp. 444-451).

⁶ Carta del inspector de Caballerías, Ballesteros, citada por Eugenio de Santos Rodrigo en «Canterac: apuntes biográficos», *Revista de Historia Militar*, n.º 39, 1975, p.76-98.

⁷ Julio Albi, en *Banderas olvidadas: El ejército realista en América* (Madrid, 1990, Cultura Hispánico, 189), describe la composición de la división bajo las órdenes de Canterac: dos batallones de Navarra, el II batallón de Burgos, un escuadrón de lanzas, otro de cazadores a caballo y una compañía de artilleros.

⁸ Setenta y seis folios del año 1817 han sido digitalizados por la Real Academia de Historia. Además se puede consultar el *Catálogo de la colección de Pablo Morillo* editado por Remedios Contreras (t. II, Madrid, RAH, 1989, p. 626).

están diseminadas en las cartas como otros tantos indicios de que Canterac no tiene a un secretario que le corrija «el agua», «Echavarría que me parece un gran collon» (f. 112). Sugiere operativos y recibe información de un espía francés sobre la situación en la isla de Trinidad.

Este epistolario se distingue sobre todo por su pliego de reclamos. Los soldados están pasando penurias, muchos, incluidos los oficiales recién llegados de España, padecen disentería, Canterac protesta: «es inútil nos mantengamos en la miseria y privaciones de toda especie [sic] que aquí experimentamos» (ff. 114-115). Anuncia que recurrirá a los prisioneros para catar el agua de los pozos, a falta de vino. Espera recibir carne para cambiar del pescado cogido *in situ*; confiesa: «no puede escribir más largo impedido de un horrible dolor de caveza [sic] que he pillado aguantando sol y agua para hacer la pesca con el chinchorro» (f. 113). Desde Cumana, el 26 de agosto de 1817, observa que las dos mil raciones que les corresponden siempre llegan en cantidad inferior; los soldados españoles no han recibido pantalones, chaquetas, zapatos ni camisas desde hace meses, los uniformes están terrosos por falta de jabón y no se les ha pagado, por lo que presenta las cuentas detalladas de todo lo que se les debe. Pide encaminarse al Perú con la división a sus órdenes, tal y cual fue previsto en momentos de la salida de Cádiz. Después de semanas de inútiles protestas, enfrentando las negativas de Morillo, el general de origen francés es autorizado a partir rumbo al Perú a bordo de la goleta *La Patriota*, solo acompañado por un edecán. Pablo Morillo informa al ministro de guerra sobre las quejas de Canterac, lo cual refuerza la mala fama de este en Madrid.

EPISTOLARIO ÍNTIMO 1818-1823⁹

A diferencia de la etapa de unos meses en Venezuela, el francés permaneció seis años, entre 1818 y 1824, en el vastísimo territorio peruano, encabezando numerosas batallas hasta perder en Ayacucho. Después de veinticuatro años fuera de Francia, desembarcó en el puerto de Burdeos y a los pocos días publicó una carta en un diario de esta ciudad el 21 de julio de 1825 (*Memorial Bordelais* n.º 4650) para justificar su actuación y responsabilizar al secesionista Olañeta del fracaso.

Una primera parte de las cartas dirigidas al intendente de la provincia de Arequipa fueron escritas desde Oruro y Tupiza. Canterac fue enviado a los confines del virreinato cerca de los salares de Uyuni y de la ciudad de Tarija por casi dos años. Aunque acantonado a unas cincuenta leguas de Potosí, nunca menciona el centro minero. A pesar de encontrarse tan alejado de Lima como de Buenos Aires, tiene una visión de la situación continental desde ese frente en que la guerra es un conflicto de baja intensidad: unas tierras limítrofes de las provincias del Río de la

⁹ Cristina Mazzeo me facilitó el acceso al epistolario que obtuvo de los descendientes de la familia Lavalle (véase la bibliografía).

Plata, del Virreinato del Perú y de la Capitanía General de Chile. En los primeros meses de esa estadía en el altiplano altoperuano, Canterac trata de vislumbrar el porvenir político, pues, pese al alejamiento geográfico, recibe noticias de Chile, primero alentadoras y repentinamente abrumadoras por no llegar la anunciada escuadra imprescindible de Cádiz. Desde entonces, el Pacífico queda en manos de los insurgentes, como los denomina Canterac, o sea los patriotas. El general francés relata su deseo de actuar, apunta los errores en la estrategia española y critica las vacilaciones del poder en Lima, siendo el virrey Pezuela muy cercano a Osorio, incluso por lazos familiares. Canterac sueña con lanzar una ofensiva en lugar de estar obligado a permanecer en la defensiva. Observa cómo el caos se apodera de aquellos territorios que formaron el Virreinato del Río de la Plata. A su parecer, cada caudillo impone sus leyes y la apertura del comercio internacional ha empobrecido a los lugareños. Otro motivo de desacuerdo con Pezuela es que este permite en Lima el comercio exterior en condiciones provechosas a extranjeros como el capitán Camille de Roquefeuil, enviado por un armador bordelés para abrir nuevas rutas comerciales, trocando productos entre Europa, América y China. En cambio, Canterac es menos prolijo sobre los operativos de «pacificación» que lleva a cabo en Salta. Parece contento por los primeros trofeos que consigue; dispone de ochocientos caballos y más de mil sillas, según refiere a Juan Bautista Lavalle. En el Alto Perú, se dedica a formar una caballería, instruyendo a hombres que nunca se destinaron a la guerra. Cumple ese cometido y, lleno de orgullo, registra la formación de los escuadrones ante el general en jefe Ramírez.

En esas cartas íntimas curiosamente Canterac resulta muy reservado. En 1818, apenas evoca una enfermedad de la que se va restableciendo gracias a la altura. En la segunda parte del epistolario, aquella que corresponde a los años 1821-1824, al contrario, reincide en el tema de su salud. Con frecuencia, en las confidencias a su amigo arequipeño alude a su debilidad física. Alguna vez precisa que si las tercianas y fluxiones le incomodan, no se desviará del propósito por el que arribó al Perú, o sea liberar el virreinato de sus «destructores y opresores» para devolverlos a España, a la que define como «la Madre Patria», una fórmula que asevera la integración del general de origen francés al mundo hispánico.

En Lima, la independencia fue proclamada en julio de 1821. Desde entonces los «nacionales», o sea los realistas, se han replegado a la sierra, convirtiendo la ciudad del Cusco en la capital del virreinato. Durante tres años, los dos ejércitos se acuartelan esperando refuerzos y llevando ataques que no determinan un cambio favorable a uno o a otro. Se trata de una guerra de desgaste, una situación indefinida que en parte se explica por la inestabilidad de la monarquía en la península, después que Fernando VII se vio obligado a aceptar la constitución liberal por el éxito del pronunciamiento de Rafael de Riego. Canterac refiere que en el bando nacional cunde el rumor de que San Martín ha muerto (febrero de 1822) y el general realista espera la llegada de

la armada española. Ascendido a brigadier, vence a la División del Sur en abril del mismo año y describe el espectáculo de los oficiales patriotas heridos: «Gamarra lleva una cuchillada en la cabeza que se le ven los sesos, Eléspuru y Bermudes el brazo roto: muchos jefes muertos» (17 de abril de 1822, carta 54). El triunfalismo define ese momento que parece «fijar la suerte del Perú». En febrero de 1823, Canterac nuevamente resulta vencedor en Torata y Moquegua y, según escribe, anhela que llegue una «paz octaviana». Ascendido a teniente general, llega a ocupar nuevamente Lima en junio de 1824 y cree la victoria aún posible; la considera solo retrasada por «las desavenencias con Olañeta [...] más perjudiciales que lo que puedan hacer los más malos caudillos y así es que si cesan [...] pronto concluirá la guerra del Perú» (carta a Juan Bautista La Balle [sic], Huancayo, 15 de marzo de 1824). Olañeta tachaba a La Serna y a los demás generales de su entorno de liberales, mientras reivindicaba un apoyo constante a Fernando VII y al régimen absolutista restablecido después de la ejecución de Rafael del Riego.¹⁰

Ese epistolario íntimo deja un sentimiento de frustración; pero lo implícito y el silenciamiento se explican por los riesgos de ver embargada la correspondencia. Algunos mensajes parecen repeticiones y formulismos que solo sabría descifrar el destinatario. De hecho los patriotas constantemente infiltran y espían el bando realista. Esta reserva de las cartas intercambiadas contrasta con las informaciones muy precisas que encontramos en los resúmenes mensuales de 1818 desde el Alto Perú, y luego con los partes sobre las campañas sucesivas a partir de 1821.

LOS PARTES OFICIALES DE JUNIO A NOVIEMBRE DE 1818

Los «resúmenes históricos» fueron escritos desde distintos lugares del Alto Perú, hoy colindantes con Argentina y Chile.¹¹ Allí Canterac refiere las peculiaridades locales a sus superiores alejados del campo de batalla. Cita una serie de provincialismos con una sensibilidad lingüística que no se transparentaba en las cartas desde Venezuela. Desde el cuartel general de Tupiza, en junio de 1818, describe la topografía que le asombra: las vastas llanuras «llamadas pampas», un territorio «pedregoso y árido», «los arbustos llenos de pinchos y abrojos» adaptados al clima inhóspito, las dificultades respiratorias que atribuye a «gases que se desprenden de [la] superficie llamada [sic] en el país soroche». Luego retrata a los soldados bajo sus órdenes, aquellos «a los que llaman de Jujuy abajo por apodo cuicos [...] son hombres en lo general pequeños, robustos sobrios, fuertes, callados, humildes y valientes»; siempre van acompañados con

¹⁰ Véase Martínez Riaza, A. (2014). «Todos eran realistas. Liberalismo y absolutismo en el gobierno del virreinato del Perú». En I. Álvarez Cuartero y J. Sánchez Gómez, *Visiones y revisiones de la independencia americana: Realismo / pensamiento conservador...* (pp. 121-143). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca. La «década ominosa» se prolongó hasta la muerte de Fernando VII en 1833

¹¹ CDIP. (1971). *La acción patriótica del pueblo en la Emancipación. Guerrillas y montoneras* (t. V, vol. 1) (pp. 17-25). Lima: Ed. Ella Dunbar Temple.

su «moza (llamada chola)»: «en el mismo acto de quitárseles no queda uno»; por lo que hace falta «el tolerantismo de parte de los Gefes».

Además Canterac expone su preferencia por la quinta antes que la leva, propicia a la desertión en masa que suele observarse cuando llegan los tiempos de cosechar. El Ejército nacional se compone sobre todo de soldados nacidos en tierras americanas, situación que no dejará de reforzarse con el paso del tiempo y por el distanciamiento militar de España, enfrentada a las luchas internas entre liberales y conservadores desde 1820.

Los enemigos que son los gauchos se ven comparados con «cosacos» acostumbrados a embestir al enemigo, también con los guerrilleros que participaron en la guerra de la Independencia de la propia España. Sorteando el cuerpo a cuerpo y anteponiendo las emboscadas para acosar a las tropas realistas. La situación que viviera Canterac en la península antes de 1816, se invierte en tierras americanas como él mismo lo comprueba recurriendo a un colectivo «nosotros» que revela el apego y la identificación completa con España a la que sirve contra los «rebeldes» y por «la justa causa de nuestro amado Soberano».

Canterac observa cómo las armas de los enemigos son heteróclitas: desde fusiles ingleses o rifles de mucho alcance y sables esgrimidos con destreza, también lazos y hondas que le inspiran admiración por ser empleados desde muy lejos y con increíble puntería para inmovilizar a hombres y caballos. Sucede que las tropas porteñas incendian la pampa; los insurgentes también lanzan peñascos desde lo alto de los cerros, lo cual obliga a que los soldados transiten por las quebradas más angostas. Para los nacionales, el objetivo es apoderarse de las reses (Canterac apunta la captura de 1000 cabezas de ganado vacuno en agosto de 1818 y 2000 en setiembre del mismo año) y «exterminar» a los «revolucionarios». En Chuquisaca, el 8 de agosto, las cabezas de los jefes han de permanecer expuestas en la horca «para público escarmiento». El tono de los escritos de Canterac es contradictorio, entre violencia de la represión y amabilidad, a imagen y semejanza de un conflicto que es a la vez una guerra colonial y una guerra civil, un conflicto en el que el francés encuentra a oficiales que conoció en España o bien cuya formación comparte. San Martín, quien combatió en España las tropas napoleónicas, es citado por la formación militar que ha llegado a inculcar a los gauchos, como quiere hacerlo el propio Canterac, convirtiendo en veteranos a los conscriptos levados y a los reclutas voluntarios. Un croquis hecho por Canterac ilustra a la vez el frente al que fue destinado al llegar de Venezuela, momento que corresponde a la internacionalización del conflicto, y enseña las posiciones hacia las que se desplaza en los años 1821-1824, desde el derrocamiento de Pezuela hasta la victoria/derrota de Ayacucho, dos acontecimientos en los que Canterac desempeñó un rol de primer plano a expensas de los intereses de la metrópoli que representaba.

1821-1824: DESDE EL MOTÍN DE AZNAPUQUIO HASTA LA BATALLA DE AYACUCHO

Julio Albi, especialista del Ejército español en América, define a José Canterac como el «más notable [entre los oficiales] que llegaron con los cuerpos peninsulares» (Albi, 2009, 125) pues permitió «un salto cualitativo en la evolución de las fuerzas realistas» y «lo que no era frecuente, Canterac militó sucesivamente en infantería, artillería y caballería para acabar en el estado mayor, prueba de que se le tenía por oficial excepcionalmente capaz», comenta Albi (126). La tropa aumentó de 5823 efectivos a 7870 soldados, el número de monturas creció de 1082 a 1839; se fabricaron más de 700 000 balas y 200 000 cartuchos, también 6000 vestuarios, 5000 juegos de herraduras (Albi, 2009, 267). En enero de 1821 los jefes militares, entre ellos Canterac, obligaron al virrey a que abdicara, reprochándole pasividad e incapacidad a detener la avanzada patriota reforzada por el desembarco de porteños y chilenos bajo el mando de San Martín. José Joaquín de La Pezuela retornó a España; luego Canterac presenció las negociaciones de Punchauca entre el virrey La Serna y San Martín, pasó hacia una eventual regencia. El proyecto conservador fracasó. En julio de 1821, el Ejército realista evacuó Lima replegándose en la sierra, haciendo del Cusco la capital del virreinato, situada a más de 180 leguas, mientras que se proclamó la Independencia en Lima. En dos operativos inesperados, Canterac intentó recuperar Lima en 1821 y en 1824.

La primera expedición en agosto de 1821 con 2400 soldados y 900 caballos fue descrita por el general en el parte oficial al virrey después de fracasar. El informe oficial de 7 páginas¹² es informativo aunque a veces lírico, con estilo florido muy distinto del recato de las cartas íntimas ya mencionadas en este trabajo. Escrupulosamente apunta los lugares y horarios. A los enemigos los define como «vandidos [sic], negros de todas las haciendas a quienes el Jeneral San Martín había armado»; esa «chusma» da muestras de cobardía cuando se enfrenta a las tropas nacionales, que reúnen a «soldados valientes» que demuestran un «ardor increíble», «sufrimiento y constancia en dificultades insuperables» y «no necesitan más parapetos que sus pechos a diferencia de la infantería enemiga parapetada detrás de tres órdenes de tapias». Canterac insiste también en los cerros escabrosos, la falta de agua en los largos tramos por la costa. Se exaspera al recordar los días anteriores:

A la vista de [el Callao] recordaron estos infames los vicios en que habían vivido en él encenegados y que tantos males ha traído a la disciplina de este ejército [...] se abandonaron al más detestable crimen, olvidando el honor y constancia que siempre ha distinguido a los soldados españoles.

¹² Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde 29 de enero de 1821 en que tomó el mando el señor La Serna hasta el fin de marzo de 1824 dispuesta por el Estado Mayor Jeneral del Ejército, revisar en <http://bit.ly/2rFguiZ>

Más de 30 oficiales y 500 reclutas desertaron; los realistas se vieron obligados a replegarse hacia la sierra central, pasando por Puruchuco y Huamantanga. En Puruchuco «los bizarros granaderos» y su «valioso capitán» fueron cercados por 400 montoneros a los que se enfrentaron cuerpo a cuerpo, a bayonetazos y cuchilladas. Desde la mirada patriota, la pasividad de San Martín, quien disponía de medios para deshacer la expedición de Canterac fue un argumento para cuestionar la actuación del Protector, acusado de complicidad con los realistas.

La segunda acción de Canterac es más exitosa y tiene lugar el 7 de abril de 1822. Se trata de la batalla de Ica, que resulta secundaria al final de la guerra pero que valora con creces el general en momentos en que informa al estado mayor de su éxito.¹³ Compara esa batalla con la guerra europea en la que participó entre 1808 y 1814: «En Europa centenares de millares de hombres fijan en una acción la decisión de una campaña, y en América el corto número de cinco o seis mil combatientes entre ambas partes deciden la suerte de un Imperio».

El balance es preciso como siempre: 1000 soldados y 50 oficiales prisioneros, 4 piezas de artillería, 2000 fusiles, 2 banderas y una imprenta de campaña. La batalla de Ica tuvo lugar de noche, en momentos en que los soldados patriotas intentaban evacuar la ciudad: el orden y el entusiasmo de los nacionales posibilitaron el paso inesperado de los Andes y llegar de improviso a la costa. Claro que el punto de vista patriota es diferente: si los generales criollos considerados como culpables de la derrota son condenados y separados de sus cuerpos por unos meses, parte de los prisioneros fueron ejecutados por los nacionales obedeciendo la orden despiadada de Canterac.

Este tuvo un segundo éxito en enero de 1823: fueron las batallas de Torata y Moquegua (1000 prisioneros entre ellos 69 oficiales, 3000 fusiles, 3 piezas de artillería), por las que ironiza sobre el Ejército «libertador» del sur derrotado. A partir de entonces, desde esa visión colonialista que tiene Canterac, lo que falta es reconquistar Lima.

Con un ejército de 9000 soldados, entre los cuales muchos prisioneros, Canterac retoma Lima el 18 de junio de 1823. En esa ocasión el capitán Prescott tiene una entrevista el 23 de junio con el alto oficial hispano-francés y lo retrata luego otro testigo inglés, Robert Proctor: «Se me ha dicho que personalmente no es valiente; cierto que no es querido por los soldados como Valdez, más intrépido y audaz en el mando. Es de baja estatura, rubio, con finas barbas ensortijadas».¹⁴ Al cabo de un mes debe evacuar la capital después de imponer un cupo e intentar recuperar la platería virreinal para acuñar moneda. En ese repliegue ordena llevar vestuarios para 10 000 soldados y 800 fusiles; los realistas vuelven al punto de partida, cruzando los Andes a marchas

¹³ «Batalla de Ica», 7 abril 1822, *ibid.*, 7-10. <http://bit.ly/2rFguiZ>

¹⁴ CDIP, *Relaciones de viajeros* (vol. 2), Proctor «El Perú entre 1823 y 1824», 213-214.

forzadas hasta el Cusco, seguidos por 3000 civiles atemorizados por el regreso de los patriotas (Albi, 2009, 460).

Los escritos de Canterac desvían la interpretación de aquellos años de conflicto colonial. Otra imagen de la guerra, del todo opuesta, está en los mensajes de los guerrilleros sobre el actuar de las tropas «nacionales». Todos los movimientos son vigilados discreta y constantemente, de manera que el discurso de la represión está ausente en los informes oficiales dedicados a celebrar los éxitos y matizar los fracasos, trasciende en los testimonios precisos de los montoneros, hombres de palabra más que de escritura.

Así informan sobre la orden de detener las familias de los hombres que sortean el alistamiento, también incendiar las casas hasta arrasarlas, el ganado es requisado sin cuidar la supervivencia de los pobladores:

El treinta de Agosto llegaron los enemigos que fueron al Serro, trajeron como cuarenta mil cabezas de ganado lanudo, como quinientos a seiscientos vacuno, algunos prisioneros de la gente paisana; dicen aber entrado hasta Guamantaga, y an traído otras muchas cosas que an robado.

En toda la Provincia están acopiando con mucha fuerza.

Montoneras con orden de Canterac, que en su dicha orden manda que si alguna persona se retirase de su casa sean apresados sus familias que quedasen en dicha su casa y que sean quemadas y arruinadas hasta el último, con esta orden la mayor parte se ban obligando a la fuerza (Carta a Tadeo Téllez de Antonio Aliaga, 12 de agosto de 1822, CDIP, t. V, vol. 1, 433).

Otra carta del 6 de agosto de 1822, dirigida al teniente 50 y firmada número 30, avisa sobre los uniformes de los realistas y expone el mismo ensañamiento propio del engranaje en la guerra: «Ahora están con mas fuerzas en toda la Provincia para que harnen sus Montoneras en cada Pueblo, que nos hamenasan al que huvediciese que quieren dejarle en cenisa todas sus cosas (que ha dado ese vando Canterac)» (ibíd., 436).

El hispano-francés aparece como responsable del régimen de terror, cubriendo la tortura, las ejecuciones en masa de prisioneros comprometidos o sin compromiso con los patriotas, mujeres y niños, toda clase de represalias y maniobras para atemorizar a la población. Cuando se investiga la historia personal de Canterac, parece indudable que esa insensibilidad nació en la experiencia precoz de la violencia política impulsada por la Revolución francesa y que alcanzó hasta los poblados más apartados del sur de Francia. Las campañas de terror en los Andes fueron réplicas de ese cataclismo decretado por los revolucionarios franceses arrasando todas las huellas de la antigua nobleza para empezar una nueva era.

La situación entre los dos bandos evoluciona muy poco hasta 1824, pese a la llegada de las tropas y los Libertadores procedentes de la Gran Colombia. Los refuerzos

independientes reciben vestuarios y pertrechos gracias a la labor de los cajamarquinos. La situación en España, el restablecimiento del absolutismo fernandino después del trienio liberal (1820-1823) tiene repercusiones decisivas en el Alto Perú. El general Olañeta desconoce la autoridad del virrey La Serna, a quien censura como liberal. Ese segundo pronunciamiento después de Aznapuquio debilita el Ejército realista entre dos frentes, luchando con los patriotas y con las tropas rebeldes de Olañeta.

Más allá del discurso nacionalista y de reivindicación patriótica que construyen y legitimizan la historia del Perú republicano, las batallas de Junín y Ayacucho a la vez son hazañas de los patriotas y errores tácticos de la defensa realista. Como comandante en jefe, Canterac fue responsable de la derrota de Junín que se libró en presencia de Bolívar el 6 de agosto de 1824, y como jefe del Estado Mayor, sin quererlo, contribuyó en el fracaso de Ayacucho, donde el virrey La Serna fue hecho prisionero. Canterac firmó las capitulaciones condenándose a ser un «Ayacucho», nombre infamante para los españoles, como autor de la vergonzosa rendición después de tres siglos de dominio imperial.¹⁵

La batalla de Junín se caracterizó por el enfrentamiento de dos caballerías (1300 realistas, 900 patriotas). Canterac decidió desplegar los jinetes en línea, en un combate con sable y con lanza. Bajando por un terreno pantanoso, ordenó perseguir al enemigo derrotado. Los realistas lanzados a toda velocidad demasiado temprano, dispersos en el desfiladero, debilitados por el manejo de las armas desde sus monturas, sin el tiempo de recuperar fuerzas por la distancia recorrida desde la víspera, cansados por el cuerpo a cuerpo sangriento, fueron sorprendidos por el contrataque de un escuadrón de húsares que causó la estampida de quienes resultaban vencedores unos minutos atrás. Canterac dio la orden de replegarse y nuevamente mandó recorrer cuarenta leguas en menos de tres días, sufriendo el acoso de la guerrilla patriota. En esas circunstancias desastrosas, no pudo evitar que desertaran 3000 soldados.

El 9 de diciembre de 1824, en la pampa de Quinua, se enfrentaron dos ejércitos numéricamente desiguales: 9000 soldados del Rey y 5700 soldados de la Patria. El virrey fue hecho prisionero por los montoneros patriotas, según Miller, «mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas desde el pie de ellas, los cazaban a su salvo y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral o barranco los detenía» (Miller, 1910, 176).

Al comprobar la dispersión de las tropas realistas y las cumbres ya tomadas por las divisiones patriotas, Canterac decidió negociar la rendición de las tropas españolas. Los oficiales perdedores salieron del Perú y llegaron a Francia, al puerto de Burdeos, en dos grupos: el virrey La Serna con Valdés, Ferraz y Maroto, entre otros, a bordo de la *Ernestine*;¹⁶ mientras, Canterac regresó a la tierra de sus antepasados a bordo del

¹⁵ Esa rendición imperial presenta analogías con la de Waterloo (1815).

¹⁶ Wagner de Reyna, A. (1985). «Ocho años de La Serna en el Perú (De la “Venganza” a la “Ernestine”)», *Quinto Centenario* (pp. 37-59), 8, Madrid.

Ternaux, después de concertar una explicación provisoria de la derrota con los demás vencidos en Ayacucho.

William B. Stevenson, secretario de Cochrane, apuntó en su relato de viaje que Canterac escribió, el 12 de diciembre de 1824, una carta ofreciendo sus servicios a Bolívar.¹⁷ Si bien el tradicionista Ricardo Palma cita esa carta en la narración dedicada a la batalla de Ayacucho:

Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vucencia por haber terminado su empresa, en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, José de Canterac. Guamanga, a 12 de diciembre de 1824

Le falta la respuesta de Bolívar a Canterac, que encontré, en la que Bolívar le agradece los cumplidos por la victoria y contesta con otros tantos elogios a la vez que envía los pasaportes para salir del país. Todo lo cual matiza la acusación de falsedad y corresponde a la natural cortesía:

[...] la conducta de Uds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio que Uds. han hecho en este país. Ustedes solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la naturaleza y por los destinos.¹⁸

Las memorias de Miller, escritas en 1829,¹⁹ son sumamente instructivas acerca de Canterac y del todo opuestas a la más mínima sospecha de traición del alto oficial. Miller traza la biografía de Canterac desde la emigración a España, la carrera militar iniciada muy precozmente y resalta «su inteligencia y valor» (Miller, 185). Continúan los elogios: «Canterac es organizador, un excelente táctico y tiene muy buenas maneras» (Ibíd.), por lo que se diferencia del general Valdés,²⁰ «violento, precipitado, despótico y descortés [...] temido de los oficiales, pero idolatrado de la tropa» (Miller, 187).

¹⁷ Stevenson, W. B. (1826). *Relation historique et descriptive d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du Sud* (vol. III). París: Kilian, p. 380. La carta fue incluida en la tradición de Ricardo Palma «Pan, queso y raspadura» (véase la versión digitalizada de la tradición).

¹⁸ Oficio del libertador para el teniente general José de Canterac, fechado en Lima el mes de diciembre de 1824. Documento 10040 en <http://bit.ly/2sam4NR>

¹⁹ La traducción de Miller es del general Torrijos y la edición de 1910 (Madrid, Victoriano Suarez). Edición electrónica del Ministerio de Cultura, en <http://bit.ly/2sBQR7q>
Incluye entre los anexos oficios fingidos con falsas noticias y cartas interceptadas por Miller para engañar a los realistas.

²⁰ Valdés fue edecán de Ballesteros, quien se opuso al ascenso de Canterac en 1816.

Cuestionado por un artículo publicado en el diario *Memorial Bordelais*,²¹ el 8 de julio de 1825 (n.º 4637), José de Canterac contestó con una carta abierta redactada en francés, en ese mismo periódico, el 21 de julio (n.º 4650). Explicó su ausencia de Burdeos en los días anteriores por problemas de salud y tratar de recuperar la herencia familiar. Anunció la decisión de ir a Madrid para dar cuenta de lo sucedido y que se tomara en cuenta el impacto de la rebelión de Olañeta en el debilitamiento de las tropas y la derrota. Curiosamente la noticia de la muerte de Olañeta, ocurrida en abril de 1825, se dio a conocer en el *Memorial Bordelais*, solo al día siguiente de las justificaciones de Canterac (n.º 4651). La Francia de 1825, gobernada por el rey Carlos X, políticamente se identificaba con el absolutismo de Fernando VII.

La guerra en la América meridional vista por esa figura máxima que fue José de Canterac se emparenta con las guerras europeas como él mismo lo observó, tanto por el espacio continental en conflicto, las distancias recorridas de un frente a otro, y la presencia de oficiales formados en la guerra de independencia de España²² y que siguen la carrera militar ya en el bando realista ya entre los insurgentes, siendo el ejemplo más relevante San Martín. Sin embargo, el armamento y las fuerzas desplegadas fueron más de diez veces inferiores. En los Andes, como los demás altos oficiales llegados de la península, Canterac se vio sumido en una realidad incomprensible, comandando tropas en las que los peninsulares eran poco numerosos, los soldados hablaban quechua —idioma incomprensible del general nacido en Europa— les prisioneros se veían integrados a la fuerza y requerían una vigilancia constante. Les refuerzos esperados no llegaron a causa del trienio liberal y de la guerra interna en España; faltaron en el momento de la secesión de Olañeta en el Alto Perú.

Indeseable en Madrid al regreso, acuartelado en Valladolid, José Canterac no recibe destino digno hasta 1833, cuando muere Fernando VII y es nombrado comandante general de Gibraltar,²³ en 1835 capitán general de Castilla. Muere asesinado al intentar poner fin a un motín militar en Madrid en enero de ese mismo año.

Ningún otro francés desempeñó un papel tan notable en el ejército colonial. Un buen número de oficiales del ejército de Napoleón emigraron a América en 1815 y se incorporaron en las filas patriotas, siguiendo reverenciando al emperador y a la par el ideal igualitario de la Revolución. Los relatos de viajes publicados después de 1821

²¹ El diario *Le Memorial Bordelais* está conservado en las colecciones patrimoniales de la Biblioteca Municipal de Burdeos.

²² En la guerra de independencia española, la deportación de soldados oficiales a Francia representó entre 50 000 y 60 000 hombres. Véase Aymes, J.-R. (1983). *La déportation sous le premier empire des Espagnols en France (188-1814)*. París: Publications de la Sorbonne, pp. 169-171.

²³ El puesto de Gibraltar conllevaba un riesgo político pues en la primera guerra carlista contra la regenta María Cristina quien permitió la reintegración de Canterac, radicaban en el peñón los exiliados liberales. Además de mantener el orden público, Canterac mandó remodelar la ciudad de Algeciras dotándola de un jardín público a la francesa.

suelen recordar a esos oficiales que forman la élite militar de las nuevas repúblicas junto a capitanes de otras nacionalidades.

Cuando, a los diez años del regreso a España, Canterac solicita nacionalizarse y se enfrenta a una oposición difuminada, él mismo escribe un discurso para defenderse. La nacionalidad no le será concedida. El alegato *pro domo* merece ser recordado: se trata de una carta pública que homenajea tardíamente a Napoleón contra quien Canterac peleó durante los siete años de la guerra de independencia: «He tenido la honra de que se haya dicho, que la expedición que mandé en el año 1821 sobre el Callao, haría honor al primer capitán de nuestro siglo».²⁴

BIBLIOGRAFÍA

- Albi, J. (1990). *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*. Madrid: Cultura hispánica.
- (2009). *El último virrey*. Madrid: Oller y Ramos.
- Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde el 29 de enero de 1821 en que tomó el mando el señor La Serna hasta fin de marzo de 1824, dispuesta por el Estado mayor Jeneral del Ejército*. [Digitalizado por John Carter Brown Library].
- Contreras, R. (1989). *Catálogo de la colección de Pablo Morillo, conde de Cartagena* (t. II). Madrid: RAH. [Digitalizado por la Real Academia de Historia].
- Dunbar Temple, E. (Comp.) (1971). *Colección documental de la Independencia del Perú [CDIP]. La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras* (t. V, vol. 1). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Labouche, C. (1924). «Un Agenais général en chef des armées espagnoles». *Revue de l'Agenais*, n.º 60, pp. 444-451.
- Martin-Lanuz Martínez, A. (2012). *Diccionario biográfico del generalato español-Reinados de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833)*. Villanueva: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.
- Martínez Riaza, A. (2014). «Todos eran realistas. Liberalismo y absolutismo en el gobierno del virreinato del Perú». En I. Álvarez Cartero y J. Sánchez Gómez (Eds.), *Visiones y revisiones de la independencia americana Realismo/pensamiento conservador* (pp. 121-143). Salamanca: Universidad Salamanca.
- Mazzeo, C. (2009). «Los nudos de la desunión: conflictos y divergencias en la dirección del ejército realista durante la emancipación del Perú (1810-1824)». *Revista de Indias*, vol. LXIX, n.º 247, pp. 105-136.

²⁴ En esa carta redactada en Algeciras, el 15 de octubre de 1834 para solicitar la «naturalización» Canterac pasa lista de los combates en que participó en España e insiste en su fidelidad a la Corona española. La carta fue publicada por Santos Rodrigo en «Canterac: apuntes biográficos», *Revista de Historia Militar*, 1975, n.º 39; 76-98.

- Miller, G. Memorias del general Guillermo Miller al servicio del Perú, 1910 [1829]. Recuperado de <http://bit.ly/2sBQR7q>
- Núñez, E. (1973). *Relaciones de viajeros. En Colección Documental de la Independencia del Perú [CDIP]*. (t. XXVII, vol. 2). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Roel Pineda, V. (1988). *La independencia. Historia general del Perú*, Lima, Grafica Labor.
- Santos Rodrigo de, E. (1975). «Canterac: apuntes biográficos», *Revista de Historia Militar*, 1975, n.º 39, pp. 76-98.
- (1976). «Canterac: apuntes biográficos », *Ejército, Revista de las Armas y Servicios*, n.º 439, pp. 13-18.
- Stevenson W. B. (1826). *Relation historique et descriptive d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du sud* (vol. III). Paris: Kilian.